

el vicio ordinario de las almas orgullosas y soberbias ; sé manso , sé apacible , sé humilde y conservarás puro el corazón. Segundo : la castidad es una virtud tan preciosa , tan necesaria á todo género de personas , que incesantemente se debe estar pidiendo á Dios nos la conceda. Haz todos los días alguna oración particular para conseguirla , como , por ejemplo , la siguiente :

« Dadme , ó Señor de la pureza , dadme gracia para » conservar toda mi vida esta preciosa virtud ; ha- » cedme que arregle de suerte mi imaginación , que » tenga tan á raya mis sentidos , que me desvie con » tanto cuidado de todas las ocasiones , que mire con » tanto horror todo cuanto pueda manchar mi cuerpo » y alma , en fin que en este punto tenga una concien- » cia tan delicada , que nada pueda tiznar en mi esta » virtud inestimable. »

3. Profesa una particular devoción á la Reina de las vírgenes : María es madre de la pureza , y consigue infaliblemente esta virtud á los que la aman con ternura y la sirven con fidelidad.

DIA ONCE.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se observa en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos , no solo porque nos granjea amigos en el cielo , cuya protección no puede menos de sernos muy ventajosa , sino porque sirve maravillosamente para desprendernos de este mundo , cuya vanidad y figura transitoria nunca mejor la vemos que cuando hacemos oración por los difuntos.

La triste memoria de aquellas personas que ya no son , y que tan tiernamente amamos en otro tiempo ; de aquellos amigos de confianza que eran todas nuestras delicias , de aquellos poderosos apoyos en que se fundaba la fortuna que comenzaba á asomárenos ; esta triste memoria , vuelvo á decir , es un gran remedio para curarnos de las falaces ilusiones que engañan al corazón y al espíritu.

Quando se considera que aquel padre , que aquella madre que afanaron toda la vida y la gastaron en amontonar bienes de fortuna para nosotros , ya no existen , y que los sufragios que ofrecemos son por el descanso de sus almas ; quando se considera que aquel esposo , que aquella esposa que era todo nuestro consuelo acabó ya sus días , y que sepultada en los horrores de la muerte , y sumergida en las terribles llamas destinadas para purificar las almas , pide el socorro de nuestras oraciones ; quando se nos representan tantos fieles que vivieron como nosotros , y que como nosotros ocuparon los primeros puestos , poseyeron los primeros empleos lustrosos , edificaron esas soberbias casas , y brillaron en todas las ocasiones ; quando se considera todo esto , ¿ podrá dejar de pensarse que algún día tendremos nosotros la misma suerte que ellos ; que como ellos nos hemos de ver reducidos al asqueroso rincón de una sepultura ; que como ellos hemos de ser despojados de todos esos ricos muebles , de todos esos pomposos equipajes , de todas esas grandes herencias ; y que como ellos dentro de pocos días tendremos extrema necesidad de las oraciones de los fieles ? ¡ Dichosos nosotros si nos halláremos como ellos en lugar donde estas oraciones pueden aprovecharnos !

Parece que no es posible rogar á Dios por los muertos sin acordarse de la muerte. Y esta memoria , este pensamiento tan propio para desengañarnos de tantas

aparentes brillantes como nos deslumbran, de tantos falaces atractivos como nos encantan; este pensamiento tan propio para quitar todo gusto á los placeres de esta vida, ¿podrá ofrecerse á la memoria con frecuencia sin producir algun efecto?

Es la muerte el sepulcro de las pasiones, y su recuerdo es el gran remedio de ellas. Pierden toda su fuerza cuando se consideran como origen de tantas pesadumbres y de tantos amargos arrepentimientos. En la muerte no se miran á otras luces; ni aun se puede comprender como se las pudo mirar de otra manera.

¿Quedan por ventura en la muerte algunos vestigios de aquellas ideas quiméricas que se tuvieron en el mundo, ni de aquella mentida felicidad con que entretiene engañosamente á sus secuaces? Esos caprichosos devaneos de la propia excelencia, ese furioso hipo de sobresalir, esos deseos inmensos de enriquecerse, ¿subsisten por ventura entre los tristes restos de nuestros cuerpos? ¿Perseveran acaso en medio del universal despojo de todas las cosas? ¿Resta por lo menos alguna memoria que nos consuele mucho de todo lo que lisonjeó tanto nuestro orgullo, de todo lo que sació nuestro apetito, de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad en la tierra?

Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está á punto de entrar en la espantosa eternidad; pero ¿es tiempo de disponerse para morir cuando ya se está muriendo?

En aquel último momento casi se pierde de vista el puñado de días que se vivió; y si el moribundo conserva alguna memoria de lo que fué, solo es para sentir con mayor amargura lo que va á ser y lo que ya es.

Yo era poderoso, yo poseia grandes bienes, yo gozaba elevados empleos, yo tenia bellos privilegios, yo disfrutaba gruesas rentas, yo estaba en

posesion de pingües beneficios: *Et solùm mihi superest sepulchrum*: y ya todo esto se desvaneció, nada me ha quedado sino una hedionda sepultura.

Aquellas casas magníficas, aquellos soberbios palacios, mudas pero elocuentes reprensiones de la vanidad de los mortales, donde habia amontonado lo mas fino, lo mas exquisito que puede producir el arte, lo mas precioso, lo mas raro que se encuentra en los países mas remotos; aquellas quintas en que pasé tantos y tan divertidos días, aquellos muebles, aquellas alhajas de tan delicado gusto; aquel magnífico almacén de adornos artificiosos, aquel rico tocador tan atestado de joyas y de diamantes; aquel numeroso séquito de cortejantes, de aduladores y de lisonjeros; aquel ostentoso tren, aquel soberbio equipaje con que me presentaba en la calle y que me hacia tanto honor á lo del mundo, todo esto ¿dónde está? ya no hay nada de esto para mí; apoderáronse de ello mis herederos; hicieronse dueños absolutos de todo; á mi solo me ha quedado una negra, una horrible sepultura: *Et solùm mihi superest sepulchrum*. ¡O qué reflexiones! ó qué verdades tan eficaces para reprimir las pasiones, para amortiguar su fuego! Dichoso aquel que no espera á la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio.

En aquella hora no hay reflexion que no aflija; no hay objeto que no espante; hácia ninguna parte se pueden volver los ojos que no sea con amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus*. Lo pasado aflige, lo presente asusta, lo futuro causa terribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de lo que fué; pero por lo comun, ¡qué sentimiento tan estéril! Desésperase de no haber sido el que debia; pero de ordinario, ¡qué remordimiento tan inútil! Gime, llora, siente un cruel dolor de no haber prevenido con frecuentes reflexiones y con una vida mas arreglada el deplorable estado en

que se mira; ¡pero qué arrepentimiento tan tardío!
¡qué lágrimas tan amargas como infecundas!

¿De qué sirve en el estado presente á aquella persona haber sido en vida tan distinguida por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase, por sus empleos? Viene la muerte á adocenarla con los mas viles de todos los mortales.

¿De qué sirven al presente á aquella mujer que acaba de espirar todos sus ricos adornos, todo ese pomposo fausto? Espiraron con ella su soberbia, su ambicion y su delicadeza; la podre y los gusanos son la única herencia que la ha quedado: *Cum morietur homo hereditabit vermes.* ¡Buen Dios, cuántas ilusiones derriba la muerte!

¿Pero qué es lo que se hace cuando en vida se trae á la memoria el pensamiento de la muerte? Anticipase, por decirlo así, aquel postrero dia, aquel último momento, aquellas luces vivas y penetrantes, y sin aguardar á que la catástrofe y el fin de los enredados lances del mundo nos descubran á nuestro pesar estos misterios de vanidad, nosotros nos los descubrimos á nosotros mismos por medio de santas reflexiones.

Cuando se pone á la vista el retrato de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á aquellas mismas luces á que la muerte nos las ha de hacer mirar. Se las conoce y se juzga de ellas ahora como se ha de juzgar entonces; vése claramente que son frivolas, engañosas, despreciables; avergüenzase el corazon de haberse pegado á ellas; llora uno su ceguedad como la lloraria en aquella última hora. Hallándose el entendimiento y la voluntad en tan cristiana disposicion, la pasion mas violenta se resfria, la concupiscencia no está tan viva ni el apetito tan hambriento; grandezas humanas, bienes caducos, placeres superficiales, todo esto se representa con un resplandor lúgubre, con un atractivo lánguido

y zozco, con un gusto insípido, luego que se mira por entre los oscuros celajes de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el sabio, y te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Acuérdate de la muerte, y dejarás de estar tan infatuado de tí mismo; no serás tan vivo ni tan ardiente en defender tus derechos; no serás tan celoso de tu autoridad, tan delicado en tus intereses, tan codicioso de tus ganancias, tan feroz en tus cóleras, tan duro con los demás, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Acuérdate de la muerte, y desde luego tendrás apacibilidad, dulzura, circunspeccion, modestia, paciencia, moderacion. La imágen de la muerte hace llamada, por decirlo así, á todas las virtudes.

Pero mientras tanto se huye de pensar en la muerte; ¿mas porqué? ¿Acaso se pone en duda si se ha de morir? ¿acaso se tiene seguridad de morir bien? ¿Es obra tan fácil ó tan indiferente una buena muerte? ¿Es de tan poca consecuencia que no merezca se piense en ella? De la muerte pende la salvacion eterna; son pocos los que mueren bien; pero ¿puede suceder otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte asusta, turba los gustos, altera el contento de los alegres dias de la vida, y por eso se huye de él. ¿Pues porqué no hacemos lo mismo con todo aquello que nos inquieta y turba nuestro reposo?

Está pendiente un pleito criminal; trátase no menos que de conservar ó perder toda la hacienda, tratase de la honra de una familia, de la vida misma: si llega el caso de perderle, ¡qué pesadumbre! ¡qué desgracia! solo el pensamiento nos estremece. ¿Pues porqué no se desvia de la imaginacion este triste, este molesto pensamiento? ¿Porqué al contrario se le abriga, se

le fomenta, y á todas partes nos acompaña? No se piensa en otra cosa que en el pleito; no se habla de otra cosa que del pleito; no hay día, no hay hora, no hay instante en que no se llame á la imaginacion este pensamiento; en todas las acciones se le hace lugar, en la mesa, en la conversacion, en el juego, en el paseo; ningun objeto le distrae, todos ceden á él. A la verdad que aunque incomoda, no es inútil; se agencia, se informa, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia; este solo negocio ocupa el pensamiento, porque este solo negocio ocupa el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre que teniendo un pleito de esta entidad no quisiera ni aun oír hablar de él, que hiciera todo lo posible por desviarle de la memoria solo porque le espanta y le molesta?

No discurro que sea menester hacer la aplicacion, ni señalar con el dedo la imprudencia, mejor diré la locura, de los que no quieren pensar en la muerte, porque este triste objeto los aterra y melancoliza; pero ¿se ignora por ventura que en nuestra mano está, con el auxilio de la divina gracia, que la muerte nos llene de consuelo, nos sea dulce, nos sea preciosa delante del Señor? ¿y que uno de los medios mas eficaces para esto es pensar continuamente en la muerte? ¿Se puede racionalmente esperar una muerte dichosa cuando no se ha dignado de pensar en ella en vida? Es tentacion conocida el horror que se tiene á tan saludable pensamiento. ¡Pobre de aquel que se dejare vencer de ella! A menos que se ponga en duda el morir, es locura desechar el pensamiento de la muerte. Ciertamente que si en todas nuestras resoluciones, en todas nuestras ideas, en todos nuestros negocios, en todo el comercio del mundo tuviéramos presente que nos habiamos de morir, ahorrariamos mil motivos de arrepentimiento. Se teme el pensa-

miento de la muerte, porque se temen los efectos que necesariamente ha de producir este saludable pensamiento. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se viviria con tanta alegría, con tanto esparcimiento, con tanto desahogo. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se frecuentara tanto el juego, no se aspiraria con tanta ansia á los empleos, no se viviria con tanto encaprichamiento en las vanidades del mundo. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se asistiria mas al baile, no se concurriria mas á todas las partidas de diversion, se abandonarían para siempre ciertos cortejos y ciertas conversaciones; perderian todo el gusto para nosotros los teatros, las plazas y los espectáculos. Si se pensara muchas veces en la muerte, presto se tomaria el partido del retiro, de la soledad, de la reforma; y esto es justamente lo que no estamos de humor de abrazar. El pensamiento de la muerte obliga al hombre á ser mas prudente, cuando no tiene gana de ser mejor.

Pensar en la muerte sin enmendarse es locura; no pensar en ella por no verse obligado á corregirse es impiedad. ¡Qué desgracia, mi Dios, morirse un hombre sin haber casi pensado jamás en la muerte!

SAN SATURNINO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

El emperador Diocleciano habia dado la orden á todos los fieles, bajo pena de muerte, de entregar nuestras santas Escrituras para ser quemadas. La resistencia que se opuso á la ejecucion de este edicto, encendió el fuego de una cruel persecucion que durante un año entero inundó el Africa de sangre de cristianos. Es verdad que se hallaron muchos débiles que obedecieron la orden; pero el mayor número prefirió morir antes que entregar los libros santos.

La ciudad de Abitina, sita en la provincia proconsular de Africa, fué uno de los teatros principales de esta guerra declarada al nombre cristiano. Celebraba un domingo los divinos misterios en la casa de Octavio Félix, Saturnino, presbítero de aquella ciudad; y habiéndolo sabido los magistrados, luego enviaron una tropa de soldados que prendieron á unos cincuenta cristianos de ambos sexos. Los principales eran el presbítero con sus cuatro hijos, á saber: Saturnino y Félix, lectores; María, virgen y religiosa, é Hilario aun niño; Dativo, senador, Ampelio, Rogaciano y Victoria. A la cabeza de este santo escuadrón marchaba Dativo, la honra del senado de Abitina, y á quien destinaba Dios para ser uno de los principales senadores del cielo. Saturnino, rodeado de su ilustre familia, iba á su lado; todos los demás seguían en silencio.

Conducidos delante de los magistrados, todos confesaron á Jesucristo con tanta valentía, que los mismos jueces se admiraron de su valor. Con esto reparaban en cierto modo el crimen de su obispo Fundano, que en el mismo sitio había tenido la cobardía de entregar los libros santos; bien es verdad que el cielo tomó la defensa de nuestros oráculos; porque cuando iba aquel á arrojarlos al fuego, le apagó una fuerte lluvia que sobrevino de repente, estando el cielo sereno, acompañada de un horrible pedrisco que asoló toda la comarca. Los jueces de Abitina cargaron á los confesores de cadenas, y los enviaron á Cartago donde tenía el procónsul su residencia. Los santos se pusieron en marcha llenos de alegría de verse encadenados por el nombre de Jesucristo, y daban á Dios gracias con himnos y cánticos que no cesaban de cantar por todo el camino.

Así que llegaron á Cartago, se les condujo delante del procónsul Anulino, el cual, habiendo principiado

el interrogatorio por Dativo, le preguntó de que condición era, y si había asistido á la colecta ó asamblea de los cristianos. « Soy cristiano, respondió Dativo, » y he asistido á la colecta. » Anulino preguntó en seguida los nombres del que presidía á la asamblea, y de aquel en cuya casa se había tenido. Pero sin esperar la respuesta del santo, ordenó que se le extendiese sobre el caballete y se le rasgase con uñas de hierro, para forzarle á declarar la verdad. Casi todos los demás confesores fueron también aplicados á esta dolorosa cuestión, que sufrieron todos con una paciencia invencible, lo mismo hombres que mujeres. Hízose no obstante señalar el esfuerzo de Victoria. Esta santa doncella había tenido la dicha de conocer la verdad desde su infancia, y llevada del amor á la virginidad, renunció á un partido muy ventajoso de matrimonio. El día que había de celebrarse este, se arrojó por una ventana, esperando que su divino Esposo la salvaría la vida. Así sucedió, pues que no se hizo ningún mal. En seguida se refugió á una iglesia, donde hizo á Dios el sacrificio de su virginidad; y desde entonces todo su deseo era poder unir la corona del martirio con la pureza de las vírgenes. Como fuese de un nacimiento distinguido, y tuviese por hermano á Fortunaciano zeloso defensor del paganismo, el procónsul empleó todos los medios para seducirla. Principió por preguntarla cual era su religión: « Soy cristiana, » respondió la jóven. Fortunaciano quiso excusarla diciendo que estaba tocada de locura; pero Victoria que nada temía tanto como perder la ocasión de derramar su sangre por Jesucristo, puso bien en claro con la sabiduría de sus discursos que gozaba del uso de la razón, y que había abrazado el cristianismo libremente y con conocimiento de causa. El procónsul la preguntó en seguida si quería volverse con su hermano: « No puede

» ser, dijo, porque soy cristiana, y no reconozco otros
 » hermanos que los que guardan la ley de Dios. »
 Olvidando entonces el procónsul su cualidad de juez
 para tomar la de suplicante, la rogó que tuviese lástima
 de sí misma y conservase su vida; pero no la pudo sacar
 otras palabras que estas: « Ya os he dicho que soy cristiana,
 y que he asistido á la colecta. » Irritado el procónsul por
 verse vencido, la envió á la cárcel con los demás confesores,
 á esperar la sentencia de muerte que pronunció contra todos
 poco tiempo despues.

Anulino quiso probar aun si vencería á Hilariano, el hijo
 mas jóven de Saturnino, pensando que la flaqueza de su edad
 le facilitaría esta victoria; pero bien pronto fué desengañado.
 Superior á todo miedo, el santo niño le respondió con firmeza:
 « Soy cristiano, he asistido á la colecta, y esto con plena voluntad
 y sin fuerza. » El procónsul que no sabia que Dios mismo
 combate en sus mártires, le amenazó con los pequeños castigos
 con que se acostumbra corregir á los niños; pero este no hizo
 mas que reirse de ellos. « Yo os haré cortar la nariz y las orejas,
 añadió el procónsul. — Bien lo podeis hacer, respondió Hilariano;
 pero yo soy cristiano. » Disimulando el procónsul su despecho
 y su vergüenza, le envió á la prisión; y el niño dijo al marchar:
 « Yo os doy gracias, señor. » Todos estos valerosos soldados
 de Jesucristo murieron en la cárcel de los tormentos que sufrieron
 en ella.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, los santos Saturnino, presbítero, Dativo, Félix,
 Ampelio y compañeros, que habiéndose reunido segun la costumbre
 para el santo sacrificio, fueron presos por una tropa de soldados,
 y martirizados bajo el procónsul Anulino durante la persecucion
 de Diocleciano.

En Numidia, la memoria de muchos santos mártires, presos en la misma
 persecucion, los cuales, no habiendo querido entregar las santas
 escrituras, como lo ordenaba un edicto del emperador, perdieron la
 vida con cruelísimos suplicios.

En Andrinópolis, los santos Lucio, obispo, y sus compañeros, mártires.
 Este santo pontífice, despues de haber sufrido mucho de parte de
 los arrianos, consumó su martirio en las prisiones en tiempo del
 emperador Constancio; los demás, que eran de la nobleza de la ciudad,
 la mayor parte, rehusando comunicar con los arrianos que acababa
 de condenar el concilio Sordicense, fueron decapitados por sentencia
 del conde Filagrino.

En Leon de Francia, san Desiderio, obispo de Viena y mártir.

En Ravena, san Calocero, obispo y confesor.

En Milan, san Lázaro, obispo.

En Capua, san Castrense, obispo.

En Chateau-Landon en el Gatinesado, san Severino, abad del monasterio
 de san Mauricio de Agauna, por cuyas oraciones sanó de una prolija
 enfermedad el rey Clodoveo, adorador entonces del verdadero Dios.

En Egipto, san Jonás, monje, célebre por su eminente virtud.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium Deus omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem culictorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí: Que vives y reinas...

La epístola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis : Audivi vo- En aquellos dias : Oí una
cem de celo, dicentem mihi : voz del cielo que me decia :
Scribe : Beati mortui, qui in Escribe : Bienaventurados los
Domino moriuntur. Amodo muertos que mueren en el Se-
jam dicit Spiritus, ut requies- ñor : Desde ahora, les dice el
cant à laboribus suis : opera Espíritu, que descansen de sus
enim illorum sequuntur illos. trabajos ; porque sus obras los
acompañan.

NOTA.

« Ya se sabe que el Apocalipsis es el libro de las
» revelaciones de Jesu Cristo hechas á san Juan cuando
» estaba desterrado por la fe en la isla de Patmos,
» hácia el fin del imperio de Domiciano, y hácia el
» año 95 de la Encarnacion. El capítulo de donde se
» sacó esta epístola, hace en pocas palabras el elogio
» de los que mueren con la muerte de los santos. »

REFLEXIONES.

Por mas que se viva en la opulencia y en el esplendor : ni la nobleza, ni las riquezas, ni los honores, nada puede eximirnos de las miserias de esta vida. Vivimos en la region del llanto ; no nace en ella la risa sino á fuerza de artificio. El decreto que condena los hombres al trabajo es universal ; ninguno se exime de él ; ni las condiciones, ni los estados, ni aun la misma edad dispensan á nadie de esta ley. Se derraman lágrimas antes que se esté en estado, por decirlo así, de derramar sangre. Nacen con nosotros los dolores y las pesadumbres. No siempre el trabajo corporal es el que mas fatiga ; el alma y el corazon tienen sus penas tanto mas duras cuanto menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas. Nunca mas amargamente se gime que cuando

se gime en secreto. Comienzan á correr lágrimas desde la cuna, y no se agotan ni aun sobre el trono. Es menos incompatible la alegría con los trabajos del cuerpo, que con los del espíritu. Aquellos tienen sus intervalos ; pero los cuidados, las pesadumbres, las amarguras que causan las pasiones, atormentan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres de la tierra, ó trabajos del cuerpo, ó cuidados del ánimo, y muchas veces unos y otros. No hay que esperar calma ni reposo hasta que se acabe la vida. Dichoso aquel á quien el Espíritu dice que descanse despues de sus trabajos. La alegría llena, la tranquilidad fija, el descanso dulce, solo reinan en la patria celestial. Pero advierte que este descanso es premio de las buenas obras, y que solamente á los muertos que mueren en el Señor se les dice que descansen de sus trabajos. ¡ Qué suerte tan diferente ! Igualmente mueren el justo y el pecador ; la vida de los dos fué igualmente trabajosa ; pero á los trabajos del justo se sigue descanso eterno ; y á las fatigas, á los sudores, á los cuidados del pecador se sigue un eterno suplicio. Llanto en este mundo, y en el otro fuego eterno, y con el fuego rabia, desesperacion, crugir de dientes sin fin. ¡ O mil veces felices los que mueren en el Señor ! ¡ O mi Dios, qué tranquila, qué envidiable es la muerte de los buenos ! Hablando con propiedad, ella es el fin de los trabajos, y el principio de una felicidad pura, eterna y sobreabundante. Todos los mortales corren su carrera, sin que los mas piensen en el término. El curso es laborioso ; pero al cabo ¿ nos dirá el Espíritu que descansemos de nuestros trabajos ? Consultemos nuestras obras. Dichoso el que trabajó por el cielo ; dichoso el que vivió en el retiro dedicado todo á devotos ejercicios ; dichoso el que se desterró para siempre de los concursos llenos de peligro ; dichoso el que pasó los dias de su vida en el servicio

de Dios, y en santos ejercicios de mortificacion y penitencia. Trabajemos en nuestra salvacion durante esta breve vida, que ya bastará la duracion de la eternidad para recompensar nuestros trabajos.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de celo descendí. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, Amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos : Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente ; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban pues entre sí los Judíos, y decían : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo : que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cierto que hemos de morir. ¿Pero cuándo? ¿Será presto, será tarde? no sabemos ni una palabra. Lo que hay de cierto en la materia es, que el día de hoy puede ser el último de nuestra vida ; que siempre se muere antes de lo que se piensa ; y que el

Hijo del hombre ha de venir cuando menos se le aguarda. Por mas prevenido que estés, siempre te cogera de repente. ¿Que será si no haces alguna prevencion?

Pocas muertes hay que no sean imprevistas, y todas son súbitas respecto del que muere. Todo parece que conspira á engañar á un moribundo ; y hasta él mismo se pone de acuerdo con los que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir que no se prometiese vivir por lo menos hasta el día siguiente?

¡ Gran manía ! Sábese que la muerte es inevitable ; pero siempre se la considera allá al fin de una carrera muy dilatada, allá á unos grandes lejos, en una edad muy avanzada. Llega esta avanzada edad ; y nunca lo es tanto, que nos quite la esperanza de vivir por lo menos otro año mas. Por robusta que sea nuestra salud, desde la vida á la muerte no hay mas que un solo paso. ¿Dónde se hallará un hombre prudente que quiera asegurarnos un año mas de vida poniendo á peligro la suya? Sin embargo, yo expongo á peligro mi salvacion por dilatar hasta el año que viene el convertirme.

Ignora el hombre el fin de sus días, dice el sabio ; y como el pez que juguetea en las aguas, y el pajarillo que revolotea en los aires, se hallan presos de repente, aquel en el anzuelo, y este en el lazo : así los hombres se dejan sorprender infelizmente por la muerte, cuando pensaban gozar los mas alegres días de la vida.

De todos aquellos que sabemos haber muerto el año pasado, ¿habia siquiera uno que pensase morir en aquel año? Y de todos los que viven en el año presente ¿habrá siquiera uno que juzge seriamente que no ha de vivir mas que este año solo?

¿Quién podrá asegurarme hoy que tengo de vivir mañana? Luego es cierto que me puedo morir hoy. Y este día decisivo de mi suerte ¿seria principio de